



Un gran estiramiento

Crecí viendo a mi padre pararse de cabeza cada mañana. Estaba haciendo *Sirsasana*, una postura de yoga que lo hizo verse joven en sus sesentas. Ahora quizás tendría que pagar derechos al dueño de una patente estadounidense si enseñara a otros los secretos de su buena salud. La Oficina de Marcas Registradas y Patentes de Estados Unidos ha entregado 150 derechos de autor relacionados con yoga, 134 patentes en accesorios para yoga y 2315 marcas registradas de yoga. Hay mucho dinero en esas torciones tipo *pretzels* y en esas contorsiones, 3 mil millones de dólares al año sólo en Estados Unidos.

Es un misterio para la mayoría de los indios que alguien pueda hacer tanto dinero con la enseñanza de un conocimiento que no debería ser comprado o vendido como salchichas. ¿Debería un indio, como respuesta, patentar entonces el Heimlich Maneuver (técnica que consiste en oprimir el abdomen de personas que sea ahogan con pedazos de comida para parar el ahogo), de forma que puedan acumular dinero cada vez que un mesero salve a un cliente del ahogo con un hueso de pescado?

Al gobierno indio esto no le da risa. Ha organizado un grupo para que cumplan la tarea de catalogar el conocimiento tradicional, incluyendo los remedios ayurvédicos y cientos de posturas de yoga, para evitar que sean pirateados y tomados sus derechos de autor por parte de extranjeros. La data será traducida de antiguos textos en sánscrito y tamil, será archivado en formato digital y estará disponible en cinco idiomas, de forma que las oficinas de patente de otros países puedan ver que el yoga no se originó en una comuna de San Francisco.

Vale la pena notar que quienes están al frente de estas patentes de la sabiduría india tradicional son indios, sobre todo en el extranjero. Conocemos una oportunidad de negocios cuando la vemos y hemos exportado generaciones de gurús adiestrados en traficar con la iluminación por un dólar. Los dos científicos que patentaron el uso medicinal de la cúrcuma, una especia india, son indios. También lo es Bikram Choundhury, fundador del Bikram Yoga, que ha obtenido los derechos de autor de este método de enseñar yoga —una secuencia de 26 posturas en un salón muy caliente— y cuyos abogados amenazan con demandar a estudios pequeños de yoga porque dicen que han violado este derecho de autor. Pero como indio él debe saber que patentar el conocimiento es una violación grande de la tradición del yoga. En sánscrito “yoga” significa “unión”. Los indios creen en la mente universal —Brahman—, de la cual todos somos partes y que pondera eternamente. Todo el

mundo tiene acceso a este conocimiento. Lo dicen las escrituras hindúes: “Deja que el conocimiento venga a nosotros desde todos lados”. No hay nada que agregue: “Y déjanos pagar derechos por eso”.

El conocimiento en la India antigua estaba protegido por las castas, no las legales o económicas. El término “propiedad intelectual” es un oxímoron: el intelecto no puede ser propiedad de nadie. No pagaste por tu gurú con monedas; arreaste sus vacas y te casaste con su hija y pasaste el conocimiento a otros cuando estuviste lo suficientemente absorto en él. Esta tradición continúa hoy, más notablemente en la música clásica india, a ninguna de cuyas melodías se les ha puesto derechos de autor.

Quizás es por esta razón que los indios no se sienten obligados a pagar por el conocimiento. Copias piratas de mi libro se venden abiertamente en las calles de Bombay por un cuarto de su precio oficial. Muchas de las tramas y la música de las películas de Bollywood son levantadas al por mayor desde Hollywood. He estado en reuniones para discutir guiones en Bollywood en las que hemos visto filmes estadounidenses y hemos decidido que esa réplica es el más sincero halago. Aun, los indios se molestan mucho cada vez que saben de reportes —con frecuencia pretenciosos— de occidentales que roban su vieja sabiduría, a través de los mecanismos de las leyes de derecho de autor. Quedaron indignados por una historia del año pasado según la cual unos estadounidenses querían obtener derechos de autor sobre la sílaba sagrada OM —eso sería como hacerlo sobre la palabra Amén—.

Los temores pueden ser exagerados, pero están esparcidos y reflejan la experiencia de India mezclada con la globalización. Las compañías farmacéuticas occidentales hacen miles de millones con muchas drogas que fueron descubiertas en países en desarrollo —pero las hierbas medicinales como la cúrcuma, que se conocen por su efectividad contra todo, desde la diabetes hasta las hemorroides, no ganan nada para el país cuyos sabios primero supieron de sus virtudes—. El gobierno indio estima que 2000 patentes se entregan cada año en todo el mundo para medicinas tradicionales indias.

Los medicamentos y el Hatha Yoga tienen el mismo objetivo: ayudarnos a llevar vidas más sanas. India le ha dado el yoga al mundo de gratis. Con razón muchos en el país sienten que el mundo debería retornarles el favor haciendo drogas que salven vidas a precios reducidos, o al menos dejando que las compañías indias hagan genéricos baratos. Si *Padmasana* —también conocida como la postura del loto— pertenece a toda la humanidad, también debería hacerlo la fórmula de Gleevec, el medicamento contra la leucemia sobre cuya patente una compañía farmacéutica está demandando al gobierno indio. Pero los laboratorios juegan fuerte. Abbott, establecida en Chicago, ha decidido no vender más nuevas medicinas en Tailandia, en represalias porque ese país produjo tres versiones genéricas de medicamentos salvavidas.

Por décadas, la ley india permitió que sus compañeras farmacéuticas replicaran los medicamentos patentados en occidente y que los vendieran a precios más bajos a países que de tan pobres no pueden pagarlos más caros. De esta forma, India suplió la mitad de las drogas usadas por pacientes VIH positivos en el mundo en desarrollo. Pero en marzo de 2005, el Parlamento indio, bajo la presión de que su país cumpliera con las regulaciones de

la Organización Mundial de Comercio sobre propiedad intelectual, pasó una propuesta de ley declarando ilegales las copias genéricas de medicamentos patentados.

Esto ha puesto a los retrovirales fuera del alcance de muchos de los cerca de 6 millones de indios que tienen SIDA. Y aun, las compañías transnacionales que con fiereza protegen sus patentes se oponen a los intentos de India de enmendar las normas de la Organización Mundial de Comercio para proteger sus remedios tradicionales.

Hay más en riesgo además del dinero envuelto en la explotación comercial del conocimiento tradicional. Está también la percepción de que el sistema de intercambio comercial mundial es injusto contra los países en desarrollo. A menos que la OMC y los países desarrollados corrijan esto, el proyecto entero de globalización está en riesgo.

Si la copia de medicamentos occidentales es ilegal, también debería serlo patentar el yoga. Es también piratería intelectual, parada en su cabeza.

Publicado en *The New York Times*, el 7 de mayo de 2007. Escrito por Suketu Mehta